



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13340

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y de cada mes.—La correspondencia á la Administración:

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 7 DE MAYO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL MITIN DE AYER

No se trata de una reunión de radicales, más ó menos revolucionarios, que son los que hasta ahora han venido monopolizando las reuniones públicas y á menudo la controversia cuando un adepto se ha permitido commendarle la plana á un orador. No se trata tampoco de una reunión de obreros, de esos que dicen á diario que abominan de la política, como si el hecho de unirse en una aspiración ó imponerse el deber de trabajar para conseguir que se escriba en las leyes un acto esencialmente político. Se trata de una reunión conservadora, de un mitin realizado por los conservadores, pues en el movimiento conservativo que están verificando en estos días con los procedimientos tiene relación, también se han decidido á hacer la propaganda en público, ni más ni menos que lo hacen los partidos avanzados.

Hasta ahora la hacían por la escritura, valiéndose de sus periódicos; la oral la relegaban á las sociedades del partido y á los postres de tal ó cual banquete; mas como los discursos y los brindis los pronunciaban en privado, porque en privado se verificaban las reuniones, no explotaban realmente los conservadores la propaganda oral. Mas he aquí que después de haber absorbido á los grupos disidentes de su propia familia y de haberse dado un jeffé á unjeffé, aplican sus procedimientos de atracción y lanzan á las reuniones públicas, no buscando á la gente del dinero, á los capitalistas, que son cuyos casi en totalidad, sino á los obreros, á la gente que trabaja en la fábrica, en la mina, en el taller y le dicen cuantas tales cosas hechas por los conservadores en favor del obrero malo, que éste queda perplejo, confundido, pensando que lo que la masa es el obrero; que la ley de accidentes del trabajo no se debe á las iniciativas de los

liberales ni á la influencia de los republicanos, sino á un ministro conservador, al señor Dato Iradier, que informando su espíritu en la equidad y la justicia, redimió de la miseria al obrero inútil por accidente en el oficio, ó á su familia si murió á consecuencia de aquél.

Confesamos que eso de mitin conservador era una cosa nueva y juzgáramos que no dejaría de ser accidentado un acto de esa especie. Y teníamos razón al creerlo así, porque si accidentadas y accidentadísimas habían resultado otras reuniones públicas celebradas por partidos extremos, más motivo había para que resultara plagada de accidentes una reunión conservadora á la que podían asistir hasta los anarquistas.

Uno de éstos interrumpió en cierta ocasión un mitin en el Teatro Circo, en el momento que hacía uso de la palabra el elocuente orador republicano Dño Emilio Menéndez Pallarés. En el mismo teatro se celebró un día un mitin obrero, y en poco estuvo que los asistentes vinieran á las manos. En el de Mayquez, donde celebraban sus reuniones públicas los republicanos gubernamentales, rara vez dejaban de intervenir los federales para acusar á aquéllos, promoviendo con motivo de dicha intervención escenas censuradas.

Estos antecedentes y el desce de informar á los lectores de lo que ocurría en la reunión conservadora que se iba á celebrar ayer en Mazarrón, nos hicieron aceptar la invitación para la misma, habiendo presenciado con verdadera admiración un fenómeno que en nuestra creencia era imposible que se produjera; que el partido conservador puede celebrar reuniones públicas en las mismas condiciones que los partidos avanzados, ante público numeroso compuesto en su inmensa mayoría de trabajadores, sin que nadie ni nada

lo perturbe; al contrario, haciéndose aplaudir.

Fenómeno es ese que conviene estudiar á quien le importe. Si se ha producido es porque el obrero ha perdido la esperanza de que le favorezcan otras fuerzas políticas más llamadas á favorecerlo. Y como después de todo, su política—aunque abomina de todas—es de conveniencia, no es extraño que vea con simpatía y aplauda con gusto á los que le han demostrado interés y han aliviado su suerte.

LOSEXPEDICIONARIOS

La cita era á las seis de la mañana, en el muelle de Alfonso XII, donde estaba atracado el vapor «Carolina».

Cuando llegamos ya esperaban el médico D. José Oliva Ruiz y varios periodistas. Poco después llegó el exalcalde de La Unión, D. Jacinto Conesa, y con intervalos de algunos minutos los restantes individuos de la expedición.

Compañiase ésta de cuarenta, y eran D. José Maestre, D. Antonio Martínez Marín, D. Miguel Tobal, D. Juan Martínez, D. Emilio Lozano, D. Florencio Izquierdo, D. Carlos Laplaza, D. José Lizaga, D. Federico Ferri, D. Francisco Bautista Monserrat, D. Juan Julián Oliva, D. José y D. Juan Oliva Ruiz, D. Miguel Angel de la Cuesta, D. Francisco Pallarés, D. Gabriel Cañadas, D. Genaro y D. Enrique Lascheras, D. Agustín Malo de Molina, don Pedro Zamora, D. Joaquín Pascual, D. Jacinto Conesa, D. Enrique y don Vicente Díaz Arráiz, D. Julián Pujol, D. José Cortés Varela, D. Francisco Martínez, D. Pedro Gómez Marín, y los periodistas D. José García Vaso y D. Estanislao Vivanco, por *La Tierra*; D. Baldomero Madrid, por *El Correo de la Tarde*; D. José Martínez Requena, por *Las Noticias*; don Francisco Martínez, D. Miguel Pelayo y D. Vicente Pérez, por *El Porvenir*; D. Ricardo García y D. José Moncada Morón, por *El Mediterráneo*; D. Juan Gutiérrez, corresponsal de *El Liberal*; D. Francisco Barado, corresponsal de *Heraldo de Madrid*, y D. Angel Barba, por *EL ECO DE CARTAGENA*.

Tomada posesión del buque, mostrando los unos la cara plantentera de quien se apresta á echar al aire, no

ya una cara sino un puñado de ellas, y asomándose á los semblantes de los otros ciertos temores de mareo, emprendimos la marcha, mejor dicho la emprendí el «Carolina».

Estaba la mar como balsa de aceite. Sin viento que la modelara en olas ni brisa que la rizara con sus besos, parecía espejo de bruñida plata. Algún día dijo al ver el espectáculo, pensando en que el estado de la mar le aseguraba contra los horrores del mareo, que no era sólo la libertad la que se había hecho conservadora, sino la naturaleza también.

—Salga yo de ésta—pensaban algunos expedicionarios—y que luego se terne anarquista. ¿A mí qué?

EN MARCHA

Suavemente, pero con rapidez, sin cabeceos ni balances que hubieran levantado la mar de protestas en nuestros estómagos sensibles, deja el «Carolina» atrás el puerto y mientras despachamos unas botellas de Jerez y unas pastas, pasan á nuestra vista ambas Algamecas, la Parajola, la Muela, la Azobía, la isla de los Palomos y demás parajes de nuestra costa pintoresca.

Cabo Tiñoso constituye para los pusilánimes una interrogante feroz. ¿Qué habrá detrás de la pétrea barrera? Lo pasamos y nada, el buque no se mueve y la calma vuelve á renacer en los espíritus.

Ya se ve á Mazarrón entre las brumas; los tripulantes empavesan el buque; de la costa viene rumor de gritos; ponemos atención y escuchamos de una manera clara ¡viva Maestre! Los vítores proceden de la tripulación de unos barquitos que se ven á lo lejos, entre el buque expedicionario y la costa.

MÚSICA Y VIVAS

Llegamos á las nueve; da fondo el «Carolina» y sube á bordo una nutrida comisión que saluda cariñosamente al jefe del partido conservador de la circunscripción de Cartagena.

Una escuadrilla de diez botes atraca á la escala y descendemos y nos acomodamos y nos vemos en tierra donde aguardan unos cuantos millares de personas que dan vivas y una música que contribuye al entusiasmo.

El Sr. Maestre recibe apretóns de manos, felicitaciones, abrazos; el público le vítores sin cesar, y en ordenada manifestación le sigue á través de las calles del pueblo.

AL TREN

Sudando el quilo y cegados por el polvo que tanta gente levanta al andar, llegamos á la estación férrea. Rápidamente subimos á los coches; en otro se coloca la música y arranca el convoy en dirección al pueblo, al que llegamos en algunos minutos.

MÁS VÍTORES

Si grande era el gentío que esperaba en el puerto, más grande era el que esperaba en la estación del pueblo.

En el andén, en primera fila, unas niñas sostenían grandes letras formadas con rosas, que se combinaban para formar este letrero: *Bien venido*.

Los vítores se sucedían sin interrupción y, como en el puerto, el señor Maestre fué objeto de manifestaciones de gran cariño por parte de los que en el pueblo de Mazarrón siguen su política.

AL MITIN

Hechas las presentaciones de rúbrica y cambiados los saludos de rigor, púsose la expedición en marcha al Teatro Zamora donde iba á celebrarse el mitin. Con los expedicionarios iba la multitud en manifestación correctísima, clamorosa en fuerza de dar vivas á Maestre, á Maura y á Lacierva, abriendo la marcha una música y cerrándola otra.

Al entrar el señor Maestre en el teatro varias señoritas que ocupaban los balcones arrojaron sobre él una lluvia de flores.

La fachada del edificio estaba adornada con colgaduras y arcos formados con rosas, y el salón aparecía engalanado con palmas, colgaduras y flores.

Como la sala no podía contener tanta gente como iba en la manifestación, más de la mitad se tuvo que quedar en la puerta. Dentro se colocaron todos los que pudieron y palcos, gradas, butacas, pasillos, todo estaba lleno; pero no un lleno así como se quiera, sino á reventar, pues había localidad que la ocupaban dos personas.

prenda, y deben reconocer al primer golpe de vista de una cosa, que defecto les dispensa de la admiración que es el sentimiento vulgar.

No obstante, algunos hombres permanecieron inmóviles, sin escuchar la música, embobados en un estado de estupor y ocupados en contemplar á la dama que Estael tenía cerca de su lado.

Valentín vio cerca de Aquilina la innoble figura del sangriento Talbier dirigiéndola un gesto aprobativo. Después vio á Emilio que de pie en su luneta paraba de decirle:

—Contemplan esa hermosa criatura que tienes á tu lado.

Por último Rastignac, cerca de una joven, viuda indudablemente, daba tortura á sus guantes como un hombre desesperado de verse así sujeto, sin poder dirigirse á donde estaba la celestina desconocida.

La vida de Estael dependía de un pacto, aún no violado que había hecho consigo mismo. Se había prometido no mirar nunca atentamente á una mujer, y para poner se al abrigo de una tentación, llevaba un libro cuyo título era «El arte de amar», destinado á servirle de escudo, de las más hermosas tentaciones, una horrible aspecto,

Victima aún del terror que había experimentado aquella mañana, cuando por un simple acto de cortesía había menguado rápidamente su tallamán, resolvió Rafael firmemente no volver el rostro para contemplar á la desconocida.

Sentada como una duquesa, estaba de espaldas á la izquierda de su palco, y ocultaba con impertinencia la mitad de la escena á la desconocida, en ademán de menospreciarla y hasta de ignorar que detrás de él se encontrase una mujer hermosa.

Copiando ésta con exactitud la postura de Valentín, había apoyado su codo en la barandilla del palco y asomaba la cabeza para ver á los cantantes como si se hallara en presencia de un pintor. Aquellas dos personas parecían dos amantes ruidos que se vuelven la espalda, y se abrazan de nuevo á la primera palabra amorosa que uno de ellos pronuncia.

Por momentos los ligeros marabú ó los torcos caballos de la desconocida, rozaban la cabeza de Rafael, causándole una sensación voluptuosa contra la que luchaba valerosamente. Luego sintió el dulce contacto del encaje que guarnecía su vestido. Por último, percibió el suave murmullo de los pliegues del vestido, murmullo henchido de muelles eucantos. En breve el movimiento impercep-

—¡Quiero que Paulina me ame!—exclamó Rafael al día siguiente.

Y miró el tallamán con indefinible angustia. La piel no hizo ningún movimiento: parecía haber perdido su fuerza contractil.

—¡Ah!—exclamó el joven como si se sintiese libre de una capa de plomo que hubiese llevado desde el día en que le dieron el tallamán.—¡Mientes!... ¡Ya no me obedeces!... El pacto queda roto... Soy libre... Viviré... Todo ello era una broma pesada.

Mientras esto decía, tenía miedo de creer sus propios pensamientos.

Vestido con la misma sencillez que en otro tiempo, quiso ir á pie á su antigua morada, esforzándose para